

El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NUM. 8369

DIARIO DE LA NOCHE

TELEFONOS NÚMS. 4 Y 58

PRECIO DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7.50 id.—Estranjero, tres meses, 11.25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

El pago será siempre adelantado en pesetas metálicas ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Loreto, rue Cuminatin, 6. Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 186.—A. Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Miércoles 18 Septiembre de 1889

ANTE LA TORRE EIFFEL.

Salve, esbelto y magnífico coloso,
De la moderna industria hijo querido;
Férreo brazo á las nubes extendido
Por este siglo que será famoso!
Síntesis del trabajo victorioso,
Yo, humilde obrero, ante tus pies rendido,
Saludo al genio en tí, que ha concebido
De tu fábrica inmensa el hecho hermoso!
En honor á tu altiva prepotencia
Pulsa la lira este modesto vate;
Grande eres, lo confieso en mi conciencia;
Mas, debo aquí decir para remate
Que también lo es *El Barco de Valencia*,
Soberbia torre Eiffel del Chocolate.

A los consumidores que presenten el día 1.º de Agosto 1500 cubiertas de piquetes de chocolate de *El Barco* se les regalará un palco para las corridas de toros pasando por el dique flotante, un cuello de pieles, una capa y entrada gratis en la Exposición de París.—El del ojo ausente, Caridad 3, Cartagena.

Recomendamos.—Quinina dulce-Baeza.—(Véase artículo 4.ª plana.)

NO MAS CALENTURAS

Se acabarán las calenturas, tercianas y cuartanas por rebeldes que sean, tomando las píldoras antifebrífugas preparadas por D. Fermín Martín y Gil, Farmacéutico de Cáceres.

Es tan grande la eficacia de nuestras píldoras antifebrífugas para estas enfermedades, que no solo hacen al enfermo desterrar las calenturas desde el momento en que las empieza á usar, siempre que sea en la forma que determina el prospecto que cada caja lleva dentro; sino que hacen que recobre el apetito perdido y como consecuencia inmediata, la adquisición de las fuerzas que no tiene, perdidas también, por causa de la enfermedad, sufriendo todo ello de una manera tan rápida en la economía que permite que el paciente continúe consagrado á sus ocupaciones constantes, sean las que fueran, sin dejarlas un solo día: Tal es la naturaleza de nuestras píldoras antifebrífugas.

Precio de la caja entera. 22 rs.
Id. de la media caja. 11 rs.
Se expenden en las farmacias de los señores don Luis Rizo y Blanca, Cuatro Santos 14 y 16 y Sres. Hermanos, Carmen 12 y Mayor 44, Cartagena.

¡CURA INMEDIATA! BISMUTO
Dienterías, Tinitos (de los niños) y de las niñas, y de las embarazadas.
Cálicos, Tisis, Cáscaras y tiorra de estómago.
Preparado por las principales farmacias.

ANEMIA NACIONAL.

El pueblo español pasa hambre, ha dicho hace pocos días un diario barcelonés, y se alimenta tan sólo para morir y degenerar.

En efecto, todos los fisiólogos y estadísticos coinciden en que, para sostener el organismo humano en estado de resistir las fatigas propias, debe consumirse cuando menos 50 kilogramos de carne al año, y los españoles no tocamos ni á 10 kilo.

Esto, señores, que se reparte uniformemente por el país, para la hacienda, para el ejército, para los soldados, se mantiene de pan malo, garbanzos, como balines y arroz; que al jornalero del campo en las tres cuartas partes de España, no come carne más que el día de la

fiesta del pueblo; que gran parte de los obreros y artesanos no llegan al consumo de los 10 kilos, y que se cuentan por millones los españoles que no conocen el pan de trigo.

Y si carne comemos poca, y si el pan siempre está por las nubes, y diez millones de españoles comen pan de centeno ó de maíz, ó que se alimentan de raíces, claro es que no pueden exigirse ni robuetez para la fatiga, ni coraje para nada, ni alientos para luchar por la existencia, que mina y socaba el hambre, la debilidad y la anemia.

Producimos unos 38 millones de hectólitros de vino, y de éstos exportamos ocho millones gracias á la filoxera francesa. Pues bien: se calcula que consumimos unos 15 millones de hectólitros, lo cual ponemos en duda; aunque nos sea imposible averiguar dónde y cómo se consume ó se tira, ó se vende esa suma de hectólitros.

Es regla añeja entre los labradores y gentes del campo, que el vino lo beben á diario los braceros en años de gran abundancia, y solamente los domingos en años malos; y si esto es cierto, siempre resultará una nueva causa de anemia para los españoles, porque cuando se bebe vino es á expensas de otra alimentación, y cuando no se bebe... no se bebe, ó se sustituye con pocimas venenosas que precipitan los efectos de la anemia.

Suponiendo que no sean más que doce millones de hectólitros de vino consumido, y como éste paga por los malditos consumos diez pesetas por hectólitro, resultan 120 millones de pesetas que paga el obrero y el campesino y artesano, para poder beber vino; cantidad que grava su presupuesto y le arrastra á privaciones, hermanas cariñosas del hambre.

Si no hay cosecha, los taberneros y especuladores fabrican vino con alcohol amílico y otros brevajes, confeccionando un tóxico que contribuye, como nada, al embotamiento de los sentidos y enervación de las fuerzas físicas.

De aquí la atroz estadística de suicidios; el espantoso contingente de pre-diarios; la molición precursora de todas las miserias; el hambre y la anemia como único porvenir de los españoles.

Para el consumo de España se calculan más de treinta millones de fanegas de trigo, correspondiendo á cada español menos cantidad al año que come un gorrión. Producimos unos 280 millones de kilogramos de aceite y se consumen unos 240, pero resulta que se exporta aceite de primer orden, aceite de oliva; y en cambio consumimos un infame aceite de algodón, capaz de minar la salud más robusta.

¿Hace falta decir más para demostrar que la anemia nacional nos consume y devora? Un pueblo mal alimentado no puede hacer grandes cosas. Mediten los estadísticos y los gobiernos y estudien el remedio de vivir.

Variedades

Solución á la charada inserta en el número anterior.

SOLFA

Charada

En toda ciudad hermosa
me encontré una dos tercera
y he cogido una primera
que vá á llevarme á la fosa.

G. S. J.

La solución en el número próximo.

LA BIBLIOTECA DEL CIELO

El pobre D. Timoteo comprendió que se moría.

No era aquello una revelación, ciertamente: lo esperaba hacia algún tiempo, desde el instante en que la enfermedad pasó del estado agudo al crónico.

Y ese misterio temible de la muerte, que tanto azesta á los hombres más valerosos, le veía llegar, tranquilo, dichoso y feliz, porque era el término de siete años de padecimientos y de cinco meses de abrasadora fiebre, de dolores terribles, delirios, de pesadillas y de neviosas inquietudes.

Así como así, no había gozado en la existencia una hora de reposo, siempre trabajando lo mismo de día que de noche, siempre haciendo de lo más preciso, pensando hoy en el pan de mañana, sin poderse proporcionar ninguna comodidad, ningún esparcimiento, nada que satisficiera sus deseos, sus esperanzas ó sus modestísimas ambiciones.

Todo iba á terminar al fin.

Pero ¿y su mujer? ¿y su hija?

¡Separarse de lo que tanto amaba! ¡Abandonar á dos débiles mujeres!

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué va á ser de ellas?

Cuando estos pensamientos le asaltaban, D. Timoteo se asía á la vida, desesperado, trémulo, llorando como un chiquillo.

No, no quería morir: daba por bien empleados todos sus desvelos, todas sus fatigas, todas sus privaciones y todos sus afanes.

¡Su buena Encarnación! ¡La resignada compañera de sus infortunios! ¡La que durante tantos años había compartido con él las ideas de su alma, los sentimientos de su corazón, el pan ganado con el sudor de su frente, el mismo hogar, el mismo lecho! ¡Su buena Encarnación el modelo de las excelentes esposas, la santa, la mártir!...

¿Y Lolilla? ¡Niña inocente, candorosa é inexperta, que era carne de su carne y huesos ile sus huesos!

En su doloroso «Via Crucis» no olvidaba tampoco al primo Nicolás, confidente de sus amores cuando pretendió á Encarnación, padrino de su boda, padrino de su hija, único compañero y amigo de todos los días, á quien quería como á un hermano.

En los cinco meses que llevaba en la cama, les había visto á los tres constantemente á su lado, y en sus caras veía el estado de su salud con más claridad que en las palabras y recetas del médico, con más precisión que en sus dolores y desfallecimientos.

Aunque Encarnación y Nicolás procuraban aparecer tranquilos y serenos en sus horas de lucidez y reposo, cuando le imaginaban durmiendo, él les había visto en brazos uno de otro, hablando en voz baja y con sus ojos cerrados.

Aquellos cariños, aquellas palabras silenciosas, aquellos abrazos tan prolongados y firmes, decían con elocuencia que Timoteo estaba grave, muy grave; que su mal no tenía remedio, que la desgracia era inevitable, que le iban á perder bien pronto y que ellos no tendrían fuerzas para sobrevivirle.

La mañana en que D. Timoteo pensaba todas estas cosas, vio al mismo Nicolás dar un beso á Encarnación, y, de allí á poco, oyó decir al mismo:

— Anda, Lolilla, hija mía; toma el chocolate y vete al colegio.

Tanta ternura conmovió profundamente á D. Timoteo, y entonces fue cuando comprendió que se moría.

Quiso hablar y no pudo.

Intentó coger el cordón de la campanilla y su brazo cayó inerte.

Estaba solo.

Desoaba ver á Encarnación, á Nicolás y á Lolilla.

¿Se moría sin dirigirle la última mirada, sin recibir el último beso?

Dos lágrimas anublaron sus ojos, y de sus labios salieron ahogados gemidos.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Concédenme algunos instantes más de existencia!

Pero la muerte tenía prisa de acabar.

¡La esperaban en tantas partes del mundo! Aquel día era muy ocupado, y no estaba para detenerse.

Al mismo tiempo que D. Timoteo oía ruido de pasos en la habitación inmediata, abrió los ojos y la boca, contrajo las manos, estiró las piernas y murió.

II

Libre del cuerpo, el alma de D. Timoteo ganó la altura, y hala hala, fue subiendo rodeada de estrellas y soles.

Una vez volvió hacia atrás la vista, y allá estaba el cadáver á la buena y santa Encarnación y el primo Nicolás, en brazos uno de otro, moviendo los labios como si hablasen cambiando caricias, besos; consolándose, en fin, mutuamente.

¡Ah! ¿Cuánto le conmovió aquel cuadro tan triste, aquel dolor tan verdadero y aquellos cuidados con que en vano trataban de mitigar sus penas! ¡Ah! ¡Seguramente que jamás se resguardaría con la desgracia de haberle perdido!

De pronto las queridas imágenes se desvanecieron: había llegado á las puertas del Paraíso.

Casi atontado dio tres tímidos golpes con los nudillos de sus manos espirituales.

—¿Quién va? preguntaron de la otra parte.

—Señor, soy yo: el alma de Timoteo, que viene de la tierra.

—¿Confesó?

—Sí.

—¿Comulgó?

—También.

—¿Recibió la Extremaunción?

—No, señor; porque mi mujer no quiso creer que me moría tan pronto.

—Entonces diríjase al Paraíso por el vestíbulo del Purgatorio.

—¡Ah, señor! Bastante purgatorio he tenido en la vida terrenal.

—Pues no puede usted pasar por otro punto.

—Todo sea por el amor de Dios. Y, Dios, ¿por dónde se va al Purgatorio?

—Tire usted per la izquierda, todo derecho, vaya contando los pasos que se abren en el muro, y cuando á la octava llame que esa es.

—¿Cuántos pasos, señor?

—Los de Timoteo se encaminó por la izquierda, y contó en voz alta:

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete y... ocho.

La puerta estaba abierta de par en par, y entró como Pedro por su casa.

En el fondo del portal había una escalera que se perdía en las nubes. El alma de Timoteo